CAPÍTULO XXIII. *De cómo creció y se ensanchó esta ciudad de Mexico; de sus edificios y número de gente cuando entraron en ella los españoles; y se declara este nombre: Mexico*

POR EL CAPÍTULO PASADO hemos visto el origen y principio que tuvo la ciudad de Mexico, la cual como en principios tiernos de poca y pobre gente pudo sustentarse en aquel pequeño y humilde lugar que en los primeros tiempos hallaron. Pero después que la gente fue creciendo, y en número mayor multiplicando, les fue forzoso buscar más sitio en que extenderse, y así pasaron adelante a otro lugar que hallaron descubierto del agua y cubierto de arena, al cual llamaron Xaltelolco y allí se puso la mitad de la gente y es el segundo barrio de esta grandiosa ciudad, que se llama Tlatelulco, como en otra parte decimos. Ya hemos visto también cómo fue situada esta ciudad entonces en el agua; pero vino a henchirse de gente de manera que llenaron aquella parte de agua que corresponde a la tierra por la del poniente, y llegaron edificando hasta la misma tierra por aquella parte; de manera que en esta ciudad (como otra Venecia) estaban fundadas en aguas sus casas. Después que fue creciendo en número de gente y más polida y descansada eran de adobe, que es a manera de ladrillo en la forma, aunque mayor y no cocido. Dícese de esta ciudad que cuando entraron los españoles en ella tenía ciento y veinte mil casas y en cada una tres y cuatro y hasta diez vecinos, por manera que a esta cuenta eran sus vecinos más de trescientos mil. Las casas (como hemos dicho) eran de adobe comúnmente y con sus terrados y azoteas muy bien hechas y pisadas y muchas de ellas encaladas por encima, que de ninguna manera se pueden llover; estas casas, que llamamos comunes, no eran muy vistosas ni lucían mucho, que sólo servían a los dueños de abrigo y amparo de la vida y así eran bajas y humildes; pero las casas de los caballeros y señores eran cumplidas en grandísima manera y muy bien edificadas; tenían altos sobre el primer suelo, cumplidos y espaciosos.

Las calles de esta ciudad eran en dos maneras, una era toda de agua, de tal manera que por ésta no se podía pasar de una parte a otra sino en barquillas o canoas, y a esta calle o acequia de agua correspondían las espaldas de las casas y unos camellones de tierra en los cuales sembraban su pan y legumbres, los cuales camellones dividían zanjas de agua y muy hondas. Estas calles de agua eran para sólo el servicio de las canoas y de las cosas comunes y manuales de casa, y así tenían también puertas que se llaman falsas, para este ministerio, y podían pasar de una parte a otra por puentes que las dichas acequias tenían. Otra calle había toda de tierra, pero no ancha, antes muy angosta y tanto que apenas podían ir dos personas juntas (y hay hoy día de estas calles en los barrios de los indios que son los arrabales de la ciudad de los españoles), son finalmente unos callejones muy estrechos. A estas calles o callejones salían las puertas princi-

pales de todas las casas y por éstas entraban y salían y eran las del recibimiento de las cosas que se servían por tierra.

Por las calles de agua entraban y salían infinitas canoas o barquillas con las cosas de bastimento y servicio de la ciudad que era necesario, y así no había vecino ninguno que no tuviese su canoa para este ministerio y no sólo en la ciudad se usaban estas canoas, sino en toda la redonda de esta laguna, con las cuales todos los de la comarca servían a la ciudad que eran sin número. Tenía sus plazas muy espaciosas y grandes delante de los templos y casas del señor. Como el sitio de esta gran ciudad era dispuesto para cualquier planta por sus muchas aguas, por esta razón plantaron por toda ella árboles de diversas maneras, entre los cuales había cedros hermosísimos, cipreses muy copados, sabinas altísimas y sauces verdes y deleitosos a la vista. Había también otros árboles de flores odoríferas y muy pocos o ningunos frutales, porque como a los señores les traían de diversas partes las frutas no pretendían en su ciudad y jardines tener otros árboles ni plantas, sino de flores; y es también la razón de esto ser los indios naturalmente inclinados a buenos olores y pudiendo haber una flor jamás la dejan de las manos, y así se daban a plantar árboles olorosos para coger rosas y flores y por razón de que en ellos criasen aves y pájaros, así para gozar de su canto como para tirarles con cerbatana, de la cual usaban mucho y eran muy diestros tiradores. Toda esta frescura de árboles y arboledas la hacían tan vistosa y apacible que parecía un paraíso.

Entraba en esta ciudad el agua de una fuente que nace y mana una legua de ella, a la parte del poniente, en el lugar donde ellos antes ranchearon y situaron, llamado Chapoltepec; ésta la traían por atarjea de cal y canto, por un muy hermoso y ancho caño, y en llegando el agua a la ciudad se repartía por diversas partes de ella y entraba en las casas de los señores en muchos y muy grandes estanques que en sus jardines tenían. De esta agua gastaban todos los barrios y donde no alcanzaba ni podía alcanzar por tierra la llevaban en canoas, y eran tantas las que se ocupaban en esto, que era cosa muy de ver su número, y aun después de la entrada de los españoles ha durado esta costumbre, aunque en estos tiempos es en muy poca cantidad por haber faltado las acequias y ser muy pocas y porque en caballos y mulas la sirven con barriles y es este modo de acarrear agua casi tan de ver como el de las canoas.

Tenía entonces esta ciudad solas tres entradas, que fueron tres calzadas que para este fin se hicieron (y son ahora los caminos principales y más pasajeros que la ciudad tiene). Fueron hechas a mano, de tierra y céspedes y muy cuajadas de piedra; son anchas, que pueden pasar por cada una de ellas tres carretas juntas o diez hombres a caballo; la una de estas calzadas entra a la ciudad por la parte del norte y corre una legua; la otra por la del poniente hacia la tierra firme y corre poco más de media legua; la otra entra por la parte de el mediodía y corre cuasi dos leguas, hasta el paraje de la ciudad de Itztapalapa y corre muy derecha; por la parte del oriente no le correspondía, ni ahora le corresponde, camino alguno, porque son las espaldas de la ciudad y por aquella parte le corresponde la laguna salobre y honda.

El primer suelo sobre que esta ciudad fue a sus principios fundada y después continuada no es el que ahora tiene, porque como no entendieron que podían crecer las aguas y anegarlos, no se curaron de levantarlo mucho de ellas y por esta causa quedó algo bajo; y como la laguna siempre estaba llena de agua, por el cebo que de ordinario tenía de sus ríos y manantiales, sucedió que dos leguas adelante de la ciudad, a la parte de el mediodía, se abrió un gran manantial de agua (como decimos en otra parte, por mandado de el rey de Mexico) por donde salió tanta agua que, en pocos días, hizo crecer las de la laguna y subir sobre el primer suelo de la ciudad un estado en alto. Visto por los vecinos fuéronse saliendo a la tierra firme y otros se favorecieron en sus barquillas y dando orden cómo cerrar aquel manantial de agua, fue así hecho por traza del señor de Tetzcuco (como se dice en la vida de los señores y reyes). De esta ocasión la tomaron de levantar el suelo otro estado más, que era lo que el agua había subido y hicieron el albarrada con que atajaron, como con muro, la violencia de las aguas para que si otra vez creciesen no llegasen a enojar ni hacer daño, y por este modo se aseguraron de otro segundo diluvio, librándose con maña de las fuerzas del primero.

Esta inundación y anegamiento fue (según cuenta cierta historia de los naturales) veinte años antes que los españoles llegaran a la tierra; y es caso que admira ver que aquellas aguas reventasen por aquella parte donde jamás se habían visto; y según dicen, y entonces platicaban, deben de ser aguas de algún río que corre por debajo de la tierra y por las laderas de aquellos montes que son a esta ciudad convecinos; que según escribe el padre fray Toribio Motolinía en sus *Memoriales* (que quedaron escritos de mano) ya otras veces se había visto salir entre las dos sierras que llaman nevada y volcán diez o once leguas de esta ciudad, las cuales tiene a la vista hacia la parte de oriente y mediodía. La una vez fue después que los españoles están en la tierra y la otra, pocos años antes, y fue tanta el agua la primera vez, que señalan los indios ser dos veces, tanta que el río Atoyac, que pasa por entre la ciudad de Cholulla y la de los Ángeles (el cual por las más partes siempre se pasa por puente), creció y subió de su ordinario en mucha distancia, recibiendo en sí estas dichas aguas. Y pruébase esta verdad para hacer creer que las unas y las otras aguas fueron procedientes de algún río soterráneo; porque afirmaban los indios que cuando reventó por aquella parte de la sierra, que corresponde al oriente en contra de esta ciudad y en las vertientes de la de Huexotzinco, salían por la boca del río peces muy grandes y tan gruesos como la pierna, que ponían en asombro a los naturales que lo vieron, y los mismos (al menos de aquel tamaño y grosor) fueron los que salían por la boca que las aguas abrieron cuando reventaron cerca de la ciudad y estuvo a pique de anegarse, y esta vez puso también en grandísima admiración a los indios la grandeza de los peces, porque hasta entonces jamás sus semejantes habían visto, porque en la laguna salobre no se crían de ningún género y los que se dan en las aguas dulces son de a palmo y menos. El padre fray Toribio afirma haber estado en el lugar donde reventó este río por aquella parte de la sierra y tiene con

los demás que estas aguas son de río que corre debajo de tierra y responde alguna parte de las de tierra caliente que corren hacia la Mar del Sur.

Mexico, según su etimología en esta lengua mexicana, han querido algunos interpretar, fuente o manantial, y a la verdad hay en ella y en su redonda tantos ojos de agua y manantiales que pudiera en alguna manera quebrarle este nombre y así no parece que van muy fuera de razón los que han querido pensarlo; pero los mismos naturales afirman que este nombre tomaron del dios principal que ellos trajeron, el cual tenía dos nombres, el uno Huitzilopuchtli y el otro Mexitly, y este segundo quiere decir ombligo de maguey y así dicen que los primeros mexicanos lo tomaron de su dios, y así en sus principios se llamaron mexiti, y después se llamaron mexica y de este nombre se nombró la ciudad, siendo el primero que tuvo Tenuchtitlan, por razón del nopal que hallaron sobre la piedra cuando llegaron a esta parte de la laguna cuando en ésta fundaron y aunque la ciudad se llama en común nombre Mexico entre los españoles e indios que ahora se van criando, los viejos nunca la llamaban ni llaman Mexico sino Tenuchtitlan, a diferencia del otro segundo barrio que se llamó Tlatelulco, que es la otra parte segunda de esta grandísima poblazón y ciudad, en la cual a los principios se dividieron (como decimos en otra parte). En este barrio, que se llamó Tenuchtitlan, fundaron los señores mexicanos y edificaron sus casas, y en él tenía el gran emperador Motecuhzuma sus casas (como en otro capítulo se dirá) y es la parte donde también los españoles poblaron.

CAPÍTULO XXIV. *De cómo se dividieron los tlatelulcas de los tenuchcas mexicanos y fundaron su parte en esta ciudad, haciendo cada parcialidad, barrio y mansión de por sí; y se confuta la razón de Acosta y Herrera acerca de estas divisiones*

A ESTABAN LOS MEXICANOS poseyendo este lugar del tenochtli como proprio y dado de su dios para que en él no sólo viviesen y conservasen la vida que vivían, sino para que creciendo y multiplicando saliesen de aquellos cortos y encogidos límites y se extendiesen por las provincias y reinos de este mundo nuevamente descubierto y hiciesen glorioso su nombre entre todas las naciones de él; pero antes de llegar a este punto, decimos, que como el sitio era estrecho y las gentes que lo moraban iban creciendo vivían con cuidado de ensancharse y no hallaban manera conveniente por la opresión con que los de la tierra firme los trataban. Estando con este cuidado los mexicanos y mirando uno de ellos hacia el cielo, vio que se levantaba de entre carrizos y espadañas, un poco más adelante del lugar donde estaban, hacia la parte del norte (que es éste donde al presente lo escribo, llamado Tlatelulco), un viento o aire a manera de remolino que parecía llegar con la punta al cielo, quedándose la otra extremidad de este dicho remolino o aire entre las cañas y tular dicho; y pareciéndoles que era